

Movilización estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires: aportes para el análisis.

Iara Enrique

Este artículo se inicia con el interrogante sobre la participación activa de jóvenes estudiantes secundarios en el espacio público, a partir del contexto de protestas que los tuvo como protagonistas entre agosto y septiembre de 2010. Este acontecimiento, conocido como “*estudiantazo*”, implicó la ocupación colectiva de más de treinta escuelas públicas de la Ciudad de Buenos Aires (“*tomas*”), cortes simultáneos de calle (“*piquetes*”), movilizaciones a la sedes del Ministerio de Educación y de la jefatura porteña, entre otras acciones.

Al privilegiar este tema como objeto de reflexión intento contribuir con uno de los varios propósitos que impulsaron el lanzamiento del presente Boletín, esto es, propiciar el debate acerca de problemáticas sociales contemporáneas. Sin embargo, el abordaje académico de la actualidad no es tarea sencilla. La cercanía del conflicto hace difícil cumplir con las exigencias propias de la producción del conocimiento científico relativo a lo social, sobre todo, por la distancia y vigilancia que requiere sortear las visiones mediáticas cargadas de interpretaciones pre-construidas. Aún así, el artículo se propone intervenir en esta coyuntura para aportar algunas claves que permitan comprender un acontecimiento que es, al mismo tiempo, objeto de disputa por parte de periodistas, especialistas en materia educativa, funcionarios y dirigentes políticos.

En el ámbito escolar la cuestión edilicia ha sido uno de los temas claves de la política educativa y, aunque con oscilaciones, la inversión estatal en infraestructura logró durante largo tiempo garantizar las actividades de enseñanza-aprendizaje. De hecho, el valor prioritario otorgado a la infraestructura marcó la impronta del sistema educativo argentino que se destacó, en relación con el resto de los países de América Latina, por sus edificios “monumentales” cubiertos de ornamentos y molduras, emblemas del “progreso” y la “modernización” de la Nación.

Cierto es también que esos edificios grandes y lujosos coexistieron con otros más pequeños y precarios (especialmente en las zonas periféricas a los centros urbanos) y que el Estado no asumió sólo la realización de esta empresa sino que contó con la contribución de las organizaciones de la sociedad civil (juntas vecinales, sociedades de fomento, cooperadoras escolares, asociaciones de familia, etc.) quienes desde muy temprano adoptaron un papel motriz en la provisión de trabajo y recursos económicos para la construcción o ampliación de los edificios escolares y su mantenimiento. No obstante, pese a los esfuerzos realizados por la sociedad civil, el deterioro edilicio de la escuela pública, gratuita y masiva se volvió con el paso del tiempo cada día más acuciante y desde hace casi tres décadas se convirtió en el motivo de interrupciones de clases, denuncias en los medios y reclamos asociados con “*el abandono del Estado*”.

El punto de inflexión sobre esta situación fue el incendio del local República de Cromagnon el 30 de diciembre de 2004, local donde se realizaban habitualmente recitales de rock y en el que fallecieron casi doscientas personas -en su mayoría jóvenes menores de veinticinco años. Esta tragedia social, desnudó el estado deplorable en que se encontraban las escuelas y la precariedad del Estado como garante del derecho a la seguridad de jóvenes y niños en general y particularmente en el ámbito de los espacios destinados a su educación y recreación. A su

* Profesora en Cs. Antropológicas. Docente del Departamento de Cs Antropológicas. Miembro del Programa Antropología y Educación. Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. Becaria doctoral CONICET. Dirección electrónica: iaraenrique@filo.uba.com

vez, el popularmente llamado “efecto Cromagnon” constituyó un parteaguas en la visibilidad social del sector estudiantil. Las jornadas de protesta realizadas en mayo de 2005, y bautizadas también en aquel entonces con el nombre de “*estudiantazo*”, franquearon los métodos pacíficos habituales y exhibieron medidas más acentuadas como cortes de calles, ocupación de edificios escolares, *abrazos* a las escuelas, entre otras formas de lucha.¹

Este hecho implicó una grieta en el orden institucional en el que se desarrollaba la educación secundaria, manifestándose en la fugaz suspensión de las jerarquías, la apropiación del espacio por parte de los estudiantes, la subversión del tiempo dedicado a la enseñanza curricular y particularmente al protagonismo que adquirieron los jóvenes al demandar de modo directo por sus derechos. Si bien las peticiones giraron en torno a la seguridad y el mantenimiento de los edificios escolares, ello no agotó la movilización que trascendió esta circunstancia, exigiéndose al Estado el compromiso con la educación pública.

En esa coyuntura, la solución al déficit edilicio apareció como una de las promesas electorales en las que se basó la campaña del partido político liderado por el actual Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Mauricio Macri. Inmediatamente después del primer “*estudiantazo*”, spots y afiches publicitarios inundaron las calles y las pantallas televisivas con la leyenda “*Que la escuela sea el piso desde donde avanzar y no el techo que sea cae. Eso es Pro*”. Sin embargo, los lineamientos políticos de este gobierno no sólo no revirtieron la situación existente sino que profundizaron, en un contexto de creciente organización y resistencia estudiantil, el estado de precariedad de las escuelas públicas. Algunos datos vinculados con el presupuesto educativo de la Ciudad permiten corroborar la afirmación previa:

Entre el año 2008 y el 2010 el recorte de educación pública fue del 60% (pasó de 310 millones de pesos a 120 millones). Pero, la ejecución del presupuesto educativo fue mucho menor: en 2008 se ejecutó el 55%; en 2009, el 49% y en el primer trimestre de 2010, apenas el 7%. En contraposición con esto, los colegios privados vieron incrementado su presupuesto en un 64%. En 2008 los subsidios a la educación privada alcanzaron los 490 millones de pesos, llegando a 700 millones en 2009 y en 2010 a 805 millones. En los dos primeros años, estos presupuestos se ejecutaron en un cien por ciento.²

La desinversión sufrida por la escuela pública, la ineficacia de los canales institucionales existentes para resolver los sucesivos reclamos formales e informales que presentaron tanto jóvenes como adultos son aspectos centrales para comprender la protesta estudiantil, pero no alcanzan a explicar los procesos que incidieron para que los estudiantes secundarios se conviertan en un actor político en la vida pública de la Ciudad, capaz de lograr un nivel de movilización tan alto, que fue oportunamente calificado como “*un hecho inédito en la historia de la educación pública desde el retorno de la democracia*”, debido a la amplitud y duración de la protesta.³

En función de los avances de una investigación doctoral en curso, realizada desde un enfoque histórico etnográfico, en las páginas que siguen pretendo dar cuenta sintéticamente de algunos procesos y relaciones que contribuyen a complejizar el análisis sobre este episodio⁴. Para ello retomo trabajos previos inscriptos en el marco de sucesivos proyectos de investigación colectivos (Batallán y Campanini, 2004, 2008 a y b, 2009, 2010; Enrique 2008, Enrique y Scarfó, 2010, entre otros) centrados en el análisis de las prácticas políticas de niños y jóvenes en el espacio público y recupero los aportes del Programa sobre Resistencia y Protesta Social (Grimberg *et al*, 2004; Manzano, 2006) que destacan la incidencia de tradiciones organizativas en la configuración de escenarios de disputa y las tensiones en los procesos de construcción de demandas.

PROCESOS ORGANIZATIVOS

En primer lugar es imposible comprender las dimensiones de este acontecimiento sin considerar los procesos organizativos emprendidos por los estudiantes secundarios y las transformaciones experimentadas en las últimas décadas. En el curso de la investigación he identificado que en la década del noventa se produjo el pasaje desde una Federación de Estudiantes Secundarios centralizada y la presencia de organizaciones político-partidarias masivas tales como Franja Morada Secundarios (UCR) y la Federación de la Juventud Comunista (entidades todas ellas que habían adquirido notoriedad desde la recuperación de la democracia), a la descentralización y proliferación de numerosas organizaciones estudiantiles –ya sean “independientes”, o bien relacionadas con partidos de izquierda-, que se estructuraron sobre bases flexibles, cambiantes y en la mayoría de los casos resultaron efímeras.

Desde la disolución, en 2003, de la Federación de Estudiantes secundarios de capital -creada en el escenario post 2001- hasta el 2006 existieron varios intentos de organización que no lograron estabilizarse.

El *Encuentro de Estudiantes Secundarios* realizado en 2005 marcó un hito en este proceso y sentó las bases para la conformación de una nueva Coordinadora de Estudiantes Secundarios Capital (CES), cuyo congreso fundacional se realizó en mayo del 2006, es decir en el primer aniversario del “*estudiantazo*”. No obstante, esta experiencia organizativa acabó quebrándose en septiembre de 2008 en medio de la disputa con el gobierno de la ciudad por la política de becas⁵. Esta fractura se produjo debido a tensiones y disidencias internas relacionadas con los estilos de militancia, programas, estrategias y formas de construcción política. Sin embargo, en el mismo acto que se disolvió la CES se fundó la actual Coordinadora Unificada de Estudiantes Secundarios (CUES). De este modo, las experiencias organizativas que orientan la acción colectiva estudiantil en el presente se retrotraen, al menos, al año 2005, cuando varios de los actuales dirigentes dieron sus primeros pasos en la militancia estudiantil y, al mismo tiempo, se apoya en los aprendizajes políticos que van aportando las disputas previas con los distintos gobiernos.

La CUES es un espacio que integra alrededor de cuarenta escuelas secundarias de la ciudad y se sostiene en forma cotidiana a través de reuniones periódicas, festivales, acciones en solidaridad con otros sectores y congresos donde se discuten objetivos comunes y “planes de lucha”. Además es importante señalar que, como parte de la política de la CUES, se llevó a cabo un fuerte trabajo territorial dirigido a ampliar y consolidar las organizaciones “zonales” que nuclean a las escuelas cercanas y contribuyen a coordinar acciones colectivas como los cortes de calle. Este trabajo organizativo permite, en parte, comprender como la protesta logró extenderse y sostenerse en el tiempo.

Más allá de la experiencia común, en el seno de la CUES conviven diversos agrupamientos, frentes y activistas que abrevan en distintas vertientes políticas, algunas de las cuales tienen representación parlamentaria nacional y/o porteña -como las agrupaciones cercanas al MST-Nueva izquierda, Proyecto Sur-Libres del Sur y Frente para la Victoria- mientras que la mayoría carece de ese tipo de representación pero tiene peso sindical, en el movimiento de desocupados, en el movimiento estudiantil universitario y en los centros de estudiantes secundarios (Lobo Suelto, Frente de Estudiantes en Lucha, Tendencia Estudiantil Anticapitalista, Partido Obrero, Partido de los Trabajadores Socialistas, Partido Comunista Revolucionario, Partido Comunista, entre otros). Esta situación de heterogeneidad política concita conflictos, tensiones, roces y descalificaciones recíprocas que, como en el caso de la CES, acaban en una secuencia de desgaste, fracturas internas y disminución de integrantes, especialmente de aquellos que desconfían de la política.

No obstante, para contrarrestar esta situación, algunas agrupaciones pusieron el eje de sus prácticas y discursos en la “unidad”, el “diálogo”, la “horizontalidad” y “el trabajo desde las bases”. Fue por este medio, en parte, que consiguieron dar forma y legitimidad a la protesta al interior del colectivo estudiantil. La exhortación a la unidad se apoya en la identificación de los jóvenes como “estudiantes” cuya referencia común es la pertenencia a una escuela determinada (“el liceo 1”, “el normal 8”, “el pelle”) y su posición como alumnos. A su vez, los mismos jóvenes contribuyen a crear una imagen unificada: el uso de categorías genéricas como “*estudiantes*” y “*compañeros*” apela a la construcción de un “nosotros” homogéneo que diluye las diferencias y que, simultáneamente, les permite distinguirse de quienes ubican como “*adultos*” y “*autoridades*” en el marco de una experiencia escolar donde ocupan una posición estructural subalterna.

DEMANDAS Y CONSIGNAS

Volviendo al comienzo de estas páginas, para entender los móviles de los estudiantes hay que tener en cuenta la historia cotidiana de los establecimientos escolares infectados con ratas, sin vidrios ni calefacción, con techos que se desprenden y obras edilicias que comienzan pero que parecen no tener fin. Así, como viene sucediendo desde fines de la década del noventa, las demandas estudiantiles estuvieron asociadas principalmente a la redistribución de los recursos socio-educativos (mejoras de infraestructura escolar, becas, viandas, boleto estudiantil, etc.) y, en este caso, fueron encuadradas bajo dos consignas más amplias “*la defensa de la escuela pública*” y “*Fuera Macri*”, estructurándose en base a la idea de una “*educación digna*”.

Sin embargo, durante el proceso de construcción de consensos en torno a estas consignas, en el seno de la coordinadora surgieron tensiones que luego se trasladaron a la escala local donde cada centro de estudiantes o asamblea estudiantil decidió de forma independiente bajo qué consignas enarbolar las demandas particulares de cada establecimiento. En el contexto escolar como en las declaraciones públicas, los jóvenes se pronunciaron mayoritariamente por la “*defensa de la escuela pública*”. Esta situación y las tensiones políticas que tales consignas suscitan pueden entenderse a la luz de la coyuntura política de la ciudad y la definición de prioridades por parte de los agrupamientos, la articulación y disputa con otros actores sociales y, especialmente de los diferentes posicionamientos que sostienen los jóvenes sobre la actividad política estudiantil.

Los estudiantes desplegaron acciones de protesta desde los comienzos del ciclo lectivo (movilizaciones a la sede del ministerio de educación, festivales, abrazos, cortes de calle, etc.) pero fue en el mes de agosto -en el marco del Congreso de la CUES- cuando se decidió realizar un “plan de lucha” más radical. Este programa de acción se definió y se desarrolló en un momento político específico vinculado con el procesamiento al Jefe de Gobierno de la Ciudad como presunto miembro de una “asociación ilícita” dedicada al espionaje ilegal, que además involucraba al ex ministro de educación, lo cual abrió la posibilidad de un eventual juicio político. En este marco la consigna “*Fuera Macri*” que venía siendo levantada por algunas agrupaciones desde tiempo atrás busca ser instalada como bandera de lucha del conjunto del estudiantado, y a la vez, generar articulaciones con otras fuerzas políticas opositoras al actual gobierno de la ciudad. En esta trama, entonces, la consigna “*Fuera Macri*” acentuó el carácter político de la protesta.

No obstante, la escuela se definió históricamente como un espacio “libre de política” y esta es la imagen que prevalece en las valoraciones de sentido común. A grandes rasgos, al interior del movimiento estudiantil (compuesto por “dirigentes”, “militantes” y “bases”) se establece una distinción moral entre quienes realizan acciones bajo la representación del estudiantado en términos genéricos y quienes lo hacen desde intereses políticos “ajenos” al mundo escolar. Mientras que los primeros desvinculan sus acciones del universo asociado a la “*la política*” y “*los políticos*” por considerarlo negativo, los segundos revalorizan en sus discursos la política como el medio para construir la organización y transformar la realidad. Desde la primera posición se realizan acusaciones de “*politización*” a los jóvenes de otros grupos, sobre todo, aquellos con trayectorias militantes iniciales, a quienes se les atribuyen intereses “*políticos*”. La preocupación de gran parte del estudiantado por evitar que “*la lucha se politice*” da cuenta de una idea de ciudadanía según la cual la demanda al Estado de parte de quienes se movilizan desde el mundo escolar debe ser encauzada evitando su “*politización*”. Por lo tanto, la eficacia de las prácticas políticas llevadas a cabo por los alumnos en la escuela depende de la capacidad de actuar bajo un único interés: la escuela misma (o el “adentro”) y su legitimidad sólo puede garantizarse –paradójicamente- en su carácter *no político*. De este modo, la productividad de la consigna en “defensa de la escuela pública” radica en situar la protesta en un terreno familiar y cotidiano imaginado como *no-político*.

Al mismo tiempo, y como sucedió en los años noventa, la convocatoria en “*defensa de la escuela pública*” favorece la confluencia en una demanda común con los docentes, quienes en este caso realizaron medidas de acción en apoyo a los estudiantes y viceversa. Si bien estas alianzas no están exentas de conflictos, pues algunos agrupamientos se muestran reticentes a utilizar las mismas consignas de la Confederación de Trabajadores de la Educación (CTERA) bajo el presupuesto de que ello comporta la subordinación de los estudiantes a la “*burocracia kirchnerista*”, para la mayoría de los estudiantes los docentes pertenecen a ese universo cotidiano que es la escuela y no a un gremio o a un partido político. De ahí que, en contraste con otras posibles articulaciones, la confluencia docentes/alumnos aporta una mayor cuota de legitimidad a la protesta. Esta situación como vemos produce efectos contradictorios, por un lado, el uso de consignas escolares atenúa el sentido político de las acciones colectivas y por otro repolitiza la relación entre docentes y estudiantes porque en ese mismo movimiento contribuye a legitimar un campo de reivindicación común frente al Estado.

LA ESCENA POLÍTICO-MEDIÁTICA

Las protestas estudiantiles han sido y continúan siendo estigmatizadas no sólo por los funcionarios del gobierno de la ciudad sino también por ciertos sectores hegemónicos de la prensa que cuestionan la politización

de los estudiantes secundarios y asocian la metodología adoptada para protestar con violencia, caos y desorden público. En efecto, la imagen negativa difundida por los medios es una de las preocupaciones que aquejan a los estudiantes dado que restan legitimidad a las demandas. En una lucha desigual por el apoyo de la opinión pública, los estudiantes dedicaron buena parte de sus esfuerzos a contrarrestar estas visiones parciales repartiendo volantes durante los cortes de calle, organizando actos públicos, asistiendo a programas televisivos y difundiendo comunicados de prensa que explicaban las razones de la protesta y desmentían que en las “tomas” se consumieran alcohol y drogas. De este modo, los estudiantes secundarios buscaron revertir la estrategia de un sector de la prensa que, al poner énfasis en criticar la forma de protesta, soslayó los motivos que le dieron origen, es decir, exoneró al gobierno y culpabilizó a la víctima.

A nivel de las medidas políticas y confrontaciones mediáticas que tuvieron lugar entre agosto y septiembre del 2010, las declaraciones y respuestas de los dirigentes y funcionarios del gobierno de la ciudad provocaron indignación y, simultáneamente, contribuyeron a unificar a los estudiantes y a extender e intensificar la protesta. El memorándum “Procedimientos para la toma de escuelas” distribuido en los establecimientos secundarios públicos -que instruí a los directivos para que confeccionasen “listas negras” con los nombres de quienes participaban en la protesta- la criminalización, subestimación y descalificación de los estudiantes acusados de “*tomar las escuelas para no estudiar*” junto con la negativa del Ministro a atenderlos ayudaron a reforzar el antagonismo nosotros/ellos y a agudizar el conflicto. Así, frente a las muestras de autoritarismo e intolerancia varios sectores de ese difuso movimiento llamado “progresismo” salieron a cuestionar las medidas “*retrógradas*” del gobierno y a celebrar el “*regreso de los jóvenes a la política*”. Como correlato de estos sucesos los estudiantes lograron obtener un mayor grado de adhesión social.

PARA CERRAR

En este artículo procuré dar cuenta, a partir de los avances de una investigación en curso, de ciertos aspectos que, a mi entender, han sido clave en la formación del llamado movimiento estudiantil secundario como actor político en el espacio público en los últimos meses. En particular, he destacado dimensiones organizativas, la tensión en la construcción de las consignas y en las identidades, la articulación política entre estudiantes y docentes, los modos en que los estudiantes buscaron ganar adhesión social y la orientación de las políticas estatales como factores centrales desde donde comprender la conformación de prácticas y sentidos que se ponen en juego en un escenario socio-político específico. Del mismo modo, he puesto de relieve el carácter política e ideológicamente heterogéneo de las organizaciones que coexisten en el seno de este movimiento. Esto ha permitido cuestionar las lecturas que reducen la protesta estudiantil a una respuesta espontánea frente a la precariedad material y financiera en la que el gobierno de la ciudad dejó a las escuelas públicas y mostrar las potencialidades del enfoque histórico-etnográfico en el abordaje de los problemas socio-educativos contemporáneos.

NOTAS

¹ La jornada de protesta estudiantil conocida como “*estudiantazo*” entrañó medidas de acción simultáneas en veinte escuelas (ocupación de edificios, abrazos, sentadas, etc.) y cortes de tránsito en puntos clave de la ciudad. Estas acciones confluyeron el 24 de Mayo de 2005 con una movilización de los estudiantes secundarios, universitarios y docentes hacia la plaza de Mayo.

² Fuente: Foro Latinoamericano de Políticas Educativas, Boletín N° 107, 16 de septiembre de 2010. Datos elaborados sobre la base de los informes de coyuntura N° 4 y 5 de la Fundación para el Análisis de Políticas Públicas <http://www.fappu.org/observatorio>

³ El episodio fue calificado en estos términos en la nota “Una radiografía de la ineficiencia del gobierno macrista” realizada por Roberto Navarro (Página 12; 12-09-2010; Pp. 2 y 3) y en una declaración titulada “Argentina: En la Ciudad de Buenos Aires, regreso de políticas neoliberales, desvalorización de lo público y resistencia estudiantil” efectuada desde el Foro Latinoamericano de Políticas Educativas (FLAPE, Boletín N° 107, 16 de septiembre de 2010).

⁴ El proyecto de investigación doctoral titulado: “Tradiciones formativas y protagonismo socio-político de jóvenes-adolescentes en la construcción de la ciudadanía. Un estudio antropológico de la escuela media en la Ciudad de Buenos Aires”, se inscribe como línea de trabajo en el Proyecto UBACyT: “Niños y jóvenes en el espacio público: Agencia y comunidades de pertenencia en la polémica por la democratización de las instituciones” dirigido por la Dra. Graciela Batallán y la Lic. Silvana Campanini,

que se desarrolla dentro del Programa Antropología y Educación de la Universidad de Buenos Aires (Secretaría de Ciencia y Técnica programación 2008-2010) y es financiado con una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

⁵ Entre julio y septiembre del 2008 los estudiantes secundarios iniciaron numerosas acciones colectivas debido a un importante recorte en la cantidad de becas estudiantiles que aplicó el gobierno de la Ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

Batallán, G.; Campanini, S. (y equipo) (2004) *Infancia, juventud y política. La participación de un "no ciudadano en el espacio público"*. Buenos Aires, UBA, Secretaría de Ciencia y Técnica.

Batallán, G.; Campanini, S. (y equipo) (2008 a) Niños y jóvenes en el espacio público: Agencia y comunidades de pertenencia en la polémica por la democratización de las instituciones". Buenos Aires, UBA, Secretaría de Ciencia y Técnica.

Batallán, G.; Campanini, S. (y equipo) (2010) Legado y recreación política entre generaciones El protagonismo de niños y jóvenes en el debate por la democratización de las instituciones. Buenos Aires, UBA, Secretaría de Ciencia y Técnica.

Batallán, G.; Campanini, S.; Prudent Leiva, E; Enrique, I. y S. Castro (2009) "La participación política de Jóvenes-Adolescentes en el contexto urbano argentino. Puntos para el debate". *Revista Última Década* vol.17, N° 30, julio 2009 pp. 41-66 Versión digital disponible en www.scielo.cl www.redalyc.org y www.cidpa.org. Editor responsable: Centro de Estudios Sociales CIDPA.

Batallán, G. y S. Campanini (2008b): "La participación política de *niñ@s* y jóvenes adolescentes. Contribución al debate sobre la democratización de la escuela", En: Cuadernos de Antropología Social, Número 28.

Enrique, I. y G. Scarfó (2010) "Experiencias y discursos sobre organización política y laboral de las y los jóvenes. Un acercamiento histórico-etnográfico a los procesos de socialización-apropiación contemporáneos". *Revista Observatorio de Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud, Gobierno de Chile Marzo de 2010. Número 25.

Enrique, I. (2008) "*Estudiantes secundarios de la Ciudad de Buenos Aires: modalidades de organización y procesos de movilización en torno a la escuela pública*". Ponencia presentada en V Jornadas de Investigación en Antropología Social. Ciudad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 19 al 21 de Noviembre 2008.

Grimberg, M.; Fernández Álvarez, I. y V. Manzano (2004): Modalidades de acción política, formación de actores y procesos de construcción identitaria: Un enfoque antropológico en piqueteros y fábricas recuperadas. En Bonetto María Susana, Casarin Marcelo y María Teresa Piñeiro (eds.) *Escenarios y nuevas construcciones identitarias en América Latina* UNC. CEA; UNVM, 2004. Pp. 185-197

Manzano, V. (2006) "Movimiento de desocupados y educación. Etnografía de procesos de articulación política en la Argentina reciente". En: Pablo Martinis y Patricia Redondo (comps.) *Igualdad y educación. Escrituras entre (dos) orillas*. Del estante, Buenos Aires.

Mauger G. (2007) *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*. Antropofagia, Buenos Aires.